





UNA SITUACIÓN
MUY ESPONJOSA



Luis Aguilera

UNA SITUACIÓN MUY
ESPONJOSA



Primera edición: marzo de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Luis Aguilera

© Ilustración: Gladys Fuentes (mglafuentes@yahoo.es)

ISBN: 978-84-17362-16-4

ISBN digital: 978-84-17362-17-1

Depósito legal: M-2031-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi sobrinamiga Lorena.
A Patricia Martínez
y a mis amigos argentinos
de la comunidad de vino,
mate y chamuyo,
Mamacha Tatai*



—La vida es un cero o es un logaritmo —dijo el docto Barbuseo.

Repasó la botonadura de su guardapolvo y con un tic se ajustó el ya apretado nudo de la corbata.

Camelia Estragón de Alba simulaba escuchar mientras rebuscaba en su bolso algún objeto para no mirar al... mmm... científico. El bolso podía considerarse en sí mismo una suerte de bandera o pregón. No era en modo alguno discreto. Rojo bárbaro, descolgaba largos flecos por los costados y el broche de cerradura imitaba al nácar. Lentejuelas de falso oro remataban el toque maestro con un porfiado corazón, al centro y al frente, formado por las letras «DIOS ME AMA».

Barbuseo, empecinado también en ajustar los nudos apretados de su conversación, cruzó sus manos de hueso y cerró, con el orden de las cremalleras, uno por uno sus dedos sobre el pecho. De tanto en tanto los flexionaba por manía, pero ya era esfuerzo cuando quería acentuar la importancia de una palabra o de una frase que, con frecuencia, acompañaba también inclinándose hacia adelante como si se fuera a desbocar contra la mesa:

—Como le comenté, señorita Camelia, estoy en la edad de las definiciones de magnitud y debo desentrampar mi situación. Gracias doy a mi formación de laboratorio porque

me permite razonar metodológicamente y sopesar los pros y los contras como si usara una balanza de precisión. Como la ciencia, yo no le temo al error. La prueba como tal no es otra cosa que su búsqueda. Porque en esa búsqueda se entra en la conocida Ley de los Contrarios. Cuando se quiere probar la certeza de una teoría no se debe demostrar que es verdadera sin antes averiguar por qué no lo es. Para *introjectarse* en lo positivo es necesario explorar por qué no es lo negativo. En esa malhadada tesitura estoy yo.

A Barbuseo le gustaba apoyarse en ciertos términos de no frecuente uso para diferenciarse y no se eximía de retorcerles el pescuezo a otros con tal de sacarles la voz para que entonanaran el santo y seña de su universal sapiencia. Su problema, si lo era, consistía en repetirlos con demasiada frecuencia. Su *léxico* era de diccionario corto: pocas palabras para muchos usos. En eso se parecían los dos interlocutores. Camelia para más o menos lo mismo, además de usar bolsos como sacas de correo, se montaba sobre unos tacos puntilla que la elevaban diez centímetros siempre y cuando sus zapatos fueran, por ejemplo, forrados en la piel de tela que tienen los tigres de mentira o de un plateado barato o de un blanco al uso de los ingleses en el trópico feroz. Las grandes divas como ella jamás se permitirían un marrón anodino o un negro mate y luctuoso. Tal vez hubiera aceptado calzarse unos acharolados para un desfile superelegante o para combinarlos con un fabuloso traje de noche, de amplio escote y ceñida falda, con abertura de larga pierna, cuajado de brocados y pedrería. Pero a esos fastos jamás sería invitada. Y no por falta de empeño. A sus oblongos y voluminosos pechos les había confiado tan cimera misión y hasta el momento habían salido más manoseados que exitosos. Ha debido confiar más en las centellas de sus

ojos, pero estaban demasiado lejos de sus pechos hasta que aprendió a juntarlos.

El nombre de Camelia era original. Lo de Estragón fue, suponemos, el intento fallido de darse un toque de nobleza alemana para hacer valer algún ancestro que debió ir de rama en rama por su árbol genealógico. Debió ser en su caso más un expedicionario que un turista. Como ella todo lo sabía de oídas y su mayor fuente de cultura e información le venía de la labia imparable de su peluquero, creyó que su sonoridad remitía a una supuesta Casa de Estrasburgo. Consultada Wikipedia, no consta la existencia de esta saga. Sí la de los Hohenzollern, pero vaya dificultad encontrarle en castellano un apellido que la recuerde sin trabar la lengua ni anudar como cuerdas las bucales. Pudo suceder también que, simplemente, tuvo noticias de una ciudad con ese nombre y cuando el espejo le devolvió el relámpago verde de sus ojos, más por intuición que por listeza, debió encontrar que, en un país de gente agachada y servil al extranjero, no le vendría nada mal darse un cierto postín a la europea. Probablemente por buscar acomodo y variantes a su nueva identidad, que ni por el forro fue la única, creyó conveniente darle con el aumentativo un estirón de lujo a la palabra y se fue de mano. Al final se puso nombre de aromática. Habrá que perdonar que no estaba en su leal entender y saber la prueba del error toda vez que en su procelosa vida nunca se había asomado a un recetario de cocina que no fuera el del popular sancocho de gallina y el común de las papas fritas ni era de su incumbencia con qué sibaritas mejunjes se hace la salsa tártara ni la bearnesa ni qué es un queso, un licor o un aceite de oliva adobados o aromatizados a las finas hierbas. En la escogencia del «de Alba» sin duda estuvo más acertada. En las revistas de papel cuché que

hojeaba en la peluquería le era familiar. Entroncarse con una familia de tanta solera en España no le supuso ningún reparo. Es muy probable, sí, que la chismografía de superficie no le alcanzase para saber que la duquesa de tan homónimo apellido era el único ser sobre la tierra ante quien el Papa, para saludarla, tenía que inclinar la tiara para hacer la venia. De conocer este pormenor, no tan menor si se analiza, Camelia lo hubiera encontrado «muy divino».

Al anatómico Barbuseo, por su parte, daba la impresión de que le hubieran *enzolvado* con un corcho sus anales partes y puesto sobre boca y nariz un potente succionador para pegarle como una membrana toda la piel al esqueleto. Seco, aunque poroso, algún exceso de bilis le habría impregnado huesos y carne de amarillo. Los adjetivos «cetrino» o «cerúleo» lo contagiarían de un parentesco con los muertos que, a decir verdad, no harían justicia. Las junturas de los occipitales y parentales no habían zanjado diferencias, por lo que eran reconocibles bajo un cuero cabelludo de floja raíz para un pelo azabache caballuno, áspero, ralo y espinoso. Para el momento en que hacía más flexiones que reflexiones, Barbuseo se había echado sobre la médula vertical y vértebras adjuntas, cinco criaturas, urinarias y fecales, de ese paritorio ambulante y sin menstruación por embarazo que era Evangelina, una mujer que, si no podía con su cuerpo leve, menos con el doblegado peso de su cascada alma. Poco amable en los modos, a cada parto de su paternal irresponsabilidad, Barbuseo confiaba a sus colegas de corrillo y aguardiente, pelando una sonrisilla suficiente, que la pobre se preñaba con solo lavar los calzoncillos.

Su mente de tentativa y cálculo, después de la complicada geometría que tienen las vueltas y revueltas y circunvalaciones de una idea, había recalado en la teoría de los contrarios. No

podían existir sobre la tierra dos polos más opuestos que entre la mujer de mundo que tenía delante y la desmirriada que tenía en casa y que para ir por ese mismo mundo arrastraba las chancletas, taclechán, taclechán, contra las baldosas, en un ir y venir del lavadero a la cocina, de la cocina a los pañales, de los pañales a los mocos, de los mocos a la tienda, de la tienda a la plancha, de la plancha a la vajilla, de la vajilla a la escoba, de la escoba a la teta, de la teta a «*estesen* quietos» y del «*estesen* quietos» a esperar a su marido, tarde noche, con cena y cama servidas.

—El mundo es de los crestas rojas —acababa de decirle Barbuseo a Camelia, después de explicarle con sus teorías sobreenvidas que la necesitaba para sus nuevos planes de vida.

Le explicaba que el error primigenio de haberse casado apenas había echado el primer pelo de alambre en la barbilla y de haber dado con una mujer que se reproducía «cual coneja» y sus «secuelas tremebundas», lo ponían ante la «tesitura radical» de los opuestos: o él se quedaba enterrado para siempre en la «tumba de mis obligaciones paternas» o la gran aventura de la vida estaba aún por escribirse y estrenarse.

Camelia había sacado una libretita de tapas blancas, estampadas por delante y por detrás otra vez con corazones, esta vez sin un mensaje explícito, si es que no lo es un rosario de diez vivísimas cuentas con el color traslúcido de los caramelos. Una cruz con el volumen aplastado de la sangre fresca remataba el grafismo. Si Barbuseo era muy dueño de sus cálculos, Camelia era muy dueña de la calculadora. Displuencia y desatención eran su contraoferta a cualquier proposición. No hay como un impaciente para sacar ventaja. Por eso se dio a leer el contenido, o hacer que lo leía, rascando el paso pequeño de las hojas con las cosquillas de sus uñas.

Mientras lo hacía y sin alzar la vista preguntó:

—¿Y qué pasa con los mocosos?

—Pregunta esponjosa, señorita Camelia —respondió el hombre incómodo—. Si usted pone agua en un tubo de ensayo, en una probeta, y no la modifica, siempre será H_2O , dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno. Pero si usted la procesa y reemplaza parte del intrínquilis protónico, neutrónico y electrónico de esos átomos por isótopos de deuterio, entonces usted puede estar incubando la posibilidad de una bomba atómica. Aquí pasa lo mismo. Si me quedo quieto, todo sigue y seguirá *idem sine die*. Y por lo tanto la vida de los niños seguirá *idem sine die*. Si rompo la estática, desencadeno nuevas situaciones y estallarán aquí y acullá nuevas oportunidades. ¿Me sigue, señorita Camelia?

—Si el perdido no es usted, lo sigo.

—Es mi muy personal teoría del Big Bang Boom.

—Está muy *equivocativo*. Se dice pim, pam, pum.

Barbuseo midió las consecuencias de entrar en mayores explicaciones. Seguramente la señorita Camelia no se había enterado aún de cómo se había originado el universo. Como su interés estaba centrado en las ínfulas de otro asunto, eludió cualquier otro comentario:

—¿Por qué quiero contar con sus inestimables servicios?, se preguntará usted...

Aquí Barbuseo se detuvo impelido por el afán de redactar correctamente su sesuda exposición. Durante un minuto estiró los labios como si tuviera que chupar de una botella la profundidad de sus pensamientos al tiempo que parpadeaba, vigorosamente, como colibrí suspendido por las alas. Luego se echó hacia atrás, flexionó una vez más el entramado de sus dedos hasta hacerlos crujir para, finalmente, resoplar como si se desinflara:

—Porque usted es perfecta, señorita Camelia. Perfecta. Posee todas las cualidades que demanda mi empresa. Lo supe desde el primer instante en que la vi y créame que la observé con verdadera fruición. La metástasis entre lo buscado y lo encontrado fue inmediata. Bien lo define la milmillenaria cultura china, por allá desde los tiempos del Emperador Amarillo, cuando dice que la realidad comienza a existir en el momento en que lo que ven los ojos se encuentra con la mente.

La libretita de Camelia no contenía direcciones ni teléfonos ni citas que no fueran otras que estas frases de plúmbea sabiduría que ahora circulan por las redes. La que tenía ante sí decía: «ESCUCHA PARA APRENDER PORQUE LO QUE TIENES PARA DECIR YA LO SABES». Mas no era este el pensamiento que la ocupaba. Atender a lo que le estaba diciendo Barbuseo, atendía. Tanto que se preguntaba: «A ver con qué sale este flaco». Pero prestarle «el libro de la cara» como lo había oído de una psicóloga de la radio mañanera, presuponía el riesgo de que le leyeran sus pensamientos que, venida a tratos, no era muy aconsejable.

Fue entonces que Barbuseo contó la anécdota de su vida que era como piolet de ascenso en lo más alto de la montaña. Sobre esa analogía quería calcar su intención y su proyecto. Antes habrá que pedirle a Eliseo, su padre, que aparezca. Su madre no viene a cuento porque, aunque viva, ha pasado por la vida cual rayo de sol por un cristal, ya se sabe, «sin romperlo ni mancharlo».

Eliseo, digámoslo con un lugar común, fue un hombre que se hizo a sí mismo. No le quedó muy bien hecho porque nunca nada le quedó bien hecho. Pero méritos tuvo, para qué negarlo. Hijo de peones, de peón comenzó a sus once años, una vez que abandonó la escuela donde sobresalió únicamente

por un defecto: tenía un problema de dicción. La lengua se le entorchaba como la lírica flor de los cartuchos y, sin querer, le silbaban las palabras. Como la r no se puede silbar, se le quedaba adherida, vibrando contra la otra cara de los dientes que siempre es seria. Lo curioso es que cuando perdió algunos, su fonema de la r no se recompuso.

Como es bien sabido, nadie es más cruel que un niño en el banco de una escuela, pero tampoco nadie que acierte con más precisión a la hora de colgarle a un compañero el baldón sostenido de un apodo. Y a Elíseo le tocó que un día su maestra lo pusiera a declamar un verso que decía: «Oí el balbuceo del agua cantarina corriendo en el jardín...» y el chirriquitín recitaba: «Oí el *barbuseo* del agua *cantarrrrina corrrriendo* en el jardín» y la maestra, creyendo de buena fe, y lejos de la burla, que era error tipográfico en su escritura verbal, corregía, deletreando: «Bal-bu-ce-o, no *barbuseo*. Con ele. Ele. No con erre de burro». Desde el recreo siguiente, Eliseo y los de su primera y segunda generación siempre fueron conocidos como los Barbuseo.

Eliseo tenía un defecto, pero también una virtud: tenía el don masculino de entender la masa intestinal de los motores, su páncreas de aceite y el complicado organismo intravenoso de las máquinas. Después de varios oficios, se subió de chófer a un camión y se bajó mecánico de profesión. Suyas fueron las *vierlas*, los *cigüerñales*, los *pistornes*. Y con buen criterio quiso hacer herencia de taller a su primogénito, el aquí traído Barbuseo. Pero este Barbuseo estaba hecho para las cosas finas, cuidadas y medidas, y con una destreza y delicadeza que no demanda el bruto y esforzado manejo de las herramientas que son, de la mecánica, artillería pesada. De este modo el aprendizaje se convirtió en suplicio, el grito

como método y como lección el regaño a puñetazos, veces al aire, veces contra su propia palma, veces sobre la mesada de trabajo o sobre cualquier objeto animado o desanimado que resistiera el golpe o costara nada. Harto del avinagrado y fermentado genio de Eliseo, un día a sus catorce años no cumplidos, el heredero Barbuseo lio sus dos camisas y el pantalón de muda y se fue a casa de su abuela materna, a unos ciento cincuenta y nueve kilómetros de su padre. Quizás de esta adolescente y anticipatoria decisión aprendió que había que provocar nuevas situaciones porque ellas traían, en su paquete, nuevas ocasiones.

No pasó mucho tiempo para reincidir en el intento. Y fue lo que le contó, esa tarde, a la espabilada Camelia. Su abuela materna no tenía la mansedumbre floja de la hija y, sin preguntar si quería o no quería, lo matriculó en una escuela de artes y oficios que tenían en aquel pueblo los curas salesianos. Durante los primeros meses aprendió forja y soldadura, las que abandonó pronto por manualidades que le venían mejor a sus habilidades, como armar las cajas del linotipo, las costuras y engolados de la encuadernación y las trazas de la marquetería.

Allí tuvo su primer amor. No se enamoró de esa chiquilla apenas púber que vivía en su misma calle y que, aunque estuviera vestida parecía desnuda, sino de una vieja bicicleta que permanecía arrumbada en el cuarto o, más precisamente, en el cobertizo de los trastos viejos. Era, o había sido, de uno de sus tíos. Al final venció la resistencia de su abuela a no tomar lo ajeno sin permiso de su dueño y con lo poco que ganaba haciendo marcos y también espejos y de la prolija fabricación de cajas que parecían joyeros, dejó otra vez nueva y reluciente aquella bicicleta. Con una ventaja añadida: que no paría triciclos.

—Yo miraba mi obra con fruición, señorita Camelia, y me decía: «Es perfecta. Me ha quedado perfecta». Tan perfecta que la bauticé y le puse nombre: La Pedala. Hice una plantilla y se lo pinté en blanco sobre el guardabarros negro. La Pedala. El error, pensaba en mi inquietud natural de aquella época, es creer que únicamente sirva para que la vea yo o para que la vean los otros, sin más provecho. O, por mucho, para darle tres vueltas a la plaza el domingo o para echar un pique «el último maricón», y perdóneme la expresión, con los velocípedos del pueblo.

Barbuseo se detuvo necesitado de visionar de nuevo la película de aquel recuerdo del que editó, voluntaria o involuntariamente, el pasaje por el que estuvo a punto de crear otra saga: la de El Pedolo, buen sobrenombre para un pedante. Si tuvo en mente o no este detalle, tan desagradable, como estaba por decirse, lo ignoró. Lo cierto es que continuó:

—A la abuela no se le podían decir de frente las cosas que uno quería hacer sin que le parecieran propias. Sus noes los disparaba como balas y se lo llevaban a uno por delante. Con ella había que ir de a poquitos. Una pregunta el sábado, el viernes siguiente otra, un día a la salida de misa, otra en alguna conversación. Abuela, ¿y no cree que sería bueno que yo un día de estos me fuera para la capital a buscar oficio y si llevo la bicicleta es más fácil encontrar trabajo? Abuela, ¿y qué cree que voy a hacer yo el resto de mis días en este pueblo? ¿Con qué gano para una moto, después para un camioncito y por qué no para un taxi, aunque sea viejito? Abuela, usted que sabe tanto, ¿no cree que yo conseguiría en una ciudad grande ganarme bien la vida y ahorrar unos ochavos para tener cuatro ladrillos donde meter una familia? Abuela, ¿no cree que el que anda entre burros, burro se que-

da? Y así. Por los bordecitos. Por el ladito. Como quien no quiere la cosa.

—¿Y eso a qué edad fue?

—Cumplidos los dieciséis.

—A esa edad los muchachos se hacen mucho la paja — dijo Camelia guardando la libretilla con la última frase en la cabeza: NO TE CONCEDAS LA RAZÓN SIN QUE ANTES LA RAZÓN TE LA CONCEDA.

Con el último comentario de la mujer, a Barbuseo se le des-
enhebró la ilación de su discurso y tuvo que respuntar una
risita complaciente hilvanada a un carraspeo y este cosido con
la puntada larga de un «qué cosas dice, señorita», hasta que
finalmente le encontró de nuevo el ojal a su relato:

—Precisamente fue el día de mi cumpleaños que la abuela
se sintió dueña de mis intenciones y me las hizo saber como
suyas. Era una mujer dura, seca al trato, odiaba las palabras
cariñosas, gente melosa, gente amargosa, y no admitía ser be-
sada ni abrazada. Pero en el fondo creo, señorita Camelia, que
fue la única que de verdad me ha querido. A su manera, claro.
Nunca una carantoña, nunca pasarme una mano con afecto,
darme un pellizco de aprobación en un moflete. Nunca.

—¿Moflete? A mí me dicen que me van a dar un pellizco
en el moflete y saco cuatro manos, dos por si no me coge sen-
tada y las dos más grandes para taparme lo que solo se destapa
con mucho amor o un buen billete.

Barbuseo se la quedó mirando con los ojos del extravío.
Quizás quiso imaginar los mofletes mencionados, quizá si ella
tenía cuatro manos, quizás se preguntó si le estaba tomado
del pelo o si Camelia era el más crudo y nato ejemplar de la
ignorancia. Didáctico hasta la deformación, reaccionó y qui-
so ilustrar el gesto con el ejemplo, pero sus dedos patinaron,

una, dos, tres veces, sin conseguir apresar un mínimo fruncido del filete con que se inflan las mejillas para soplar saxos, sexos, gaitas y trompetas. Más se le sacaría al cuero templado de los tambores. Y por un instante sintió el calofrío de que a lo mejor la abuela, con solo mirarlo, sabía que era acariciar la porcelana y fue pensar esto y sentir el espasmo cruel de las malas conclusiones: no recordaba haber recibido de niño un mimo de nadie. Eso: de nadie. Ni de su propia madre. Ni de la consentidora tía Amalia ni por la condescendencia accidental y fugaz de los extraños cuando se encuentran en la calle con los padres. Y se dolió de sí mismo, *¿inacariciable?*, *¿incariciable?*, *¿descariciable?*, *¿desacariciable?*, y a su rescate vino Evangelina, Eva primigenia y ángel a la vez, y que debía ser feraz como la tierra porque su naturaleza de mujer superaba en exceso feromonas de ternura.

Como nadie sabe cuánto dura un pensamiento, lo siguiente que oyó fue a Camelia desbarrando de su última niñez:

—Mejor su abuela que la mía, que quiso ponerme un candado en la vagina.

Barbuseo necesitó resistirse al efecto del comentario. Tensó los brazos y desinfló el pecho en señal de rendición. Era un hombre cuyas emociones y las terminales radiales de los nervios afectaban directamente a su sistema respiratorio. Y en clemencia de paciencia aporreó la mesa con uñas, yemas y nudillos. Se hubiera quedado callado, pero la oportunidad de parecer versado lo ganó y, muy a su pesar, corrigió:

—No sería un candado. En tal caso un cinturón de castidad, de uso en la Edad Media, cuando los caballeros de las Cruzadas tenían que dejar a sus mujeres solas para ir a los lejanos campos...

Camelia no le prestaba la menor atención. Tenía sus ojos de gata en las telarañas del cielo y se quedó un rato asintiendo con la cabeza. En alguna nube copiaba y pegaba palabras. Como era de lectura coja, se dio su tiempo para morder el lomo carnoso de sus labios y sacudir la abundante melena, esta vez con una negación repetida:

—No, no, no. Candado. Yo siempre pensé en un candado. Atornillarme una cerradura sería tener mi regadera más ancha que el portón de los garajes. ¡Ja! Tendría su gracia que ustedes los hombres pagaran por mirar por el ojo tuerto de mi cerradura. ¡Ja! Y qué tal un chíísss... —Y Camelia con un dedo hizo un chorro y soltó una carcajada. La carcajada fue *estentórea*. Estentórea.

—Su abuela lo diría en sentido meta...fórico —remarcó Barbuseo casi levantándose sobre la tilde, tal vez con intención de que Camelia lo entendiera mejor y se callara de una santa vez.

—Meta usted lo que usted quiera, lo *fórico* o lo no *fórico* —respondió la mujer tratando como los ahogados de reponer el aire—. Lo puritamente cierto es que la mugrosa vieja decía... ña, ña, ña, ña a la virginidad de esta alocada hay que echarle doble llave para que no la pierda antes de que le salga un pelo fuera de la cabeza y haya que sacarle lo que le metan con un gancho de carnicería. Eso decía la muy muy muy... ¡Ju! Eso fue antecitos de mi primer sangrado.

Barbuseo, con algún síntoma de desesperación, hizo dos o tres balanceos de tronco y cabeza y se vino hacia adelante queriendo aplastarse contra la mesa:

—Señorita Camelia, señorita Camelia, nos estamos saliendo del contenido dialéctico de esta conversación...

Camelia lo cortó como si leyera una vez más en el paso manso de una nube:

—¿Ha visto usted, señor Barbusco, que por allá en esas tribus del Amazonas se atraviesan la nariz o la jeta, a mí qué me importa cuál, con un palo o un hueso, para mí igual, y ya no se lo quitan más? Pensé que la mugrienta me iba a espernancar y hacer lo mismo, pero con el candado de la alacena, que hasta oxidado estaba, y que la muy muy muy se iba a colgar la llave al gaznate, sobre la porquería de escapulario que parecía un bailadero de *pulgos* y de pulgas.

Barbuseo no quería oír más. Ahora en sentido contrario respiró profundo:

—Señorita Camelia, vamos a lo que vinimos. A lo concreto. Y para que me entienda bien, es preciso que le explique cuál es el espíritu del negocio.

Temeroso de soltar la palabra quiso seguir con su relato sin dejar espacio para respirar las comas y menos para los puntos, por muy seguidos que fueran, y recommenzó diciendo El mismo día en que cumplí los dieciséis, sopladas las velas entre los tres invitados, mi abuela me dijo que ya me estaba haciendo hombrecito. Es hora de que salga a buscarse la vida, me dijo moviendo el lunar con pelos de su barbilla. Vaya alistando sus cositas. Y llévese la bicicleta que es un *herramiento* de trabajo. Para ella todo lo que tenga que ver con el trabajo es masculino. Hoy mismo vamos a mandarle una misiva a la señora Maricarmen. La señora Maricarmen, aclaró Barbuseo, era una antigua amiga y vecina que venía cada año por las fiestas patronales y la abuela le dejaba pieza y comida prohibiéndole que pagara. Con la amistad no se hace negocio, decía. Pero con el favor de recibirme se lo iba cobrar con la misma moneda. Después la abuela me sentó en la mesa de la cocina y dijo, yo dicto, mijo, y usted que sabe escribir, escriba...

Camelia, sin cambiar de postura y sin importarle que el otro estuviera hablando, impuso su voz:

—Fíjese, don Barbuso, que después de todo no es mala idea. Me hago poner uno de oro y como esos que rematan reses en la feria de ganado, ya me oigo gritar Allá el señor del sombrero, mil, mil quinientos, quién da más, oigan, los que han vendido de engorde, quinientos por pegar el ojo al cerrojo, trescientos más con chorro de pis, esta es la llave de oro, en la cuevita el tesoro, allá el gordo de la corbata con dos dedos dice dos mil, apuesten que esto se acaba, no esperen que me vaya sola sin hacerme colchón en la cama...

Definitivamente derrotado, Barbuseo se tumbó con cabeza y brazos sobre la mesa:

—Señorita Camelia, por favor, por favor, señorita Camelia, esta es una reunión de trabajo.

—¿Y qué pasa? ¿No me dijo que de eso se trata?

—Sííí, de eso se trata —concedió el hombre.

—Pues, ¿entonces de qué se queja?

—No me quejo, señorita Camelia, no me quejo. Únicamente quiero exponer los lineamientos basales de la empresa que vamos a acometer. Si usted me interrumpe o piensa en otras cosas mientras hablo, no tendrá claro puntos de extraordinaria importancia como el concepto de venta, las estrategias de comunicación a seguir con nuestro *target*, la promesa básica del producto, su *reason why*.

Camelia desmontó sus poderosas piernas, se aferró al bolso, adelantó el tronco y les dio a sus ojos la atigrada viveza de los disgustos:

—Ya veo que usted mea de pie y yo sentada. Me parece, Barbuso, que no nos vamos a entender. Si usted cree que me está hablando claro en otro idioma, me cago en sus muelas.

Bien dijo el Santo Maestro: si saca la lengua no apriete los dientes. Así de sencillito. Cuando hablamos en mi camerino la primera vez, ¿qué me dijo? ¿Qué? Que el trabajito era más fácil que pelar un plátano. ¿Y qué le contesté? Que yo pelando plátanos resucito un muerto. Y ahora mire con lo que me sale.

Temeroso de perderla, Barbuseo sacó en limpio todos los dientes para calmarla:

—Tranquila, tranquila. No es tan difícil como usted cree. El éxito, señorita Camelia, es hijo de las ideas claras. Y que usted también las tenga es lo que intento hacer. Pero no me ha dejado. Se lo voy a explicar de nuevo. Vamos a ver...

Camelia se metió las palabras apiñando la mano:

—Pero que sea en cristiano para que lo entendamos Dios y yo.

—En cristiano será. ¿Qué es la promesa básica de un producto? Lo que hace. Para lo que sirve. ¿Cuál es la promesa básica de un cuchillo? Cortar. ¿Ahora me entiende?

—Si usted se entiende, por qué no yo.

—Correcto. En nuestro caso, ¿cuál es la promesa básica de lo que vamos a vender? Darle seguridad al varón para que cumpla con la mujer.

—Pelar el plátano sin que se le caiga.

—Me ha entendido perfectamente... ¡Perfectamente! ¡Perfectamente! Un júbilo. Qué fruición. Mejor imposible. ¡Pelar el plátano sin que se le caiga! Exacto.

—¿Ve que no era tan difícil?

—Es que no lo es. ¿Y qué es una estrategia de comunicación? Encontrar las palabras adecuadas, convincentes y capaces de vender lo que hace nuestro producto y su beneficio. Vuelvo al cuchillo.

—¿Y por qué no al plátano?

Barbuseo volvió a aletear las pestañas sobre los ojos fijos, respiró y siguió:

—Ahora estamos con el cuchillo. Ya dijimos para qué sirve: para cortar. Ahora hay que decir su beneficio: que corta bien. ¿Y cuál es la razón para que corte bien? Porque está muy afilado. ¿Y por qué es mejor mi cuchillo que el de los demás? Porque corta bien y corta bien porque está muy afilado y, además, escuche bien, esto es muy importante, básico, porque el mensaje contiene un valor añadido, agregado, diferenciador: porque con el uso no pierde el filo ¿Me sigue?

—Si no comienza a perderse, sí. Pero no vamos a vender cuchillos. Aunque me gusta eso de que con el uso no pierde el filo.

—Veo que vamos bien. ¿Por qué usted me compraría el cuchillo y no el de la competencia? Por lo que me acaba de decir: porque corta bien y y y y y y porque con el uso no pierde el filo. Precisamente, precisamente, precisamente, eso es lo que hace nuestro producto: con el uso no pierde el filo y en nuestro caso, ¿cuál es su filo? ¡Dar siempre placer a la mujer! ¡No fallar!

—Haberlo dicho antes, Barbuseo. Veo que comienza a mear en el tiesto. Esa es la diferencia. Las que no podemos hacer por fuera somos nosotras. No como ustedes. El que por mucho atina, salpica. Me parece que el que no había entendido nada era usted.

Mientras Barbuseo se detuvo a pensar no se sabe si en lo que la mujer le acababa de decir o en lo que él quería decir, vio que de un momento a otro Camelia se levantaba, dejaba el bolso sobre la mesa y como volviéndose a un público inexistente al que, brazo en alto, mostraba entre el pulgar y el índice un frasco también inexistente, a pleno pulmón comenzó a vociferar:

—Señores, señoritos, varones, caballeros, solteros o casados, altos o bajos, jóvenes y viejos, lo tengan de este largo o tonto como un meñique, macarrón por lo grueso o fideo por lo fino, negro como el de un mulo o colorado como el de un marrano, sin el gorro o con él, haga feliz a la mujer que lo recibe en la cama le huelan los pies o los pedos y dale que te dale, qué rico y a la novia por su virgo, dale que te dale, qué rico y a la amante sea de pieza o de rato, dale que te dale, qué rico y a la puta que se paga, más placer que dinero y dale que te dale, qué rico, escuchen, oigan, paren la oreja para que se les pare, con el ungüento del doctor Barbuseo, no, del doctor Barbuseo, haga uso y abuso, por delante o por detrás, acostados o parados o donde les coja el *bailao* y, oigan que se lo juro, por la de mi madre que era sagrada, con el ungüento del doctor Barbuseo, a la coronita de la reinita le gusta más el último que el primero y que se mueran los campeones.

Estupefacto Barbuseo, balbuceó:

—¿Que se mueran los campeones?

—Campeones —afirmó Camelia—. Son los más rapiditos y por eso llegan primero.

—Perfecta, perfecta —pensó el doctorado Barbuseo. Desclavó del pecho sus manos de crucifijo y se las friccionó con fruición—. Me ha jodido el eslogan que apelaba al macho que quiere ser potente: «El ungüento con que el hombre-hombre hace feliz a las mujeres». Pero quizás más vale el factor emocional de la satisfacción: «Dale que te dale, qué rico». Apela al gozo prolongado del placer que es el resultado final del producto. ¡Qué ojo clínico tengo para la selección del personal!